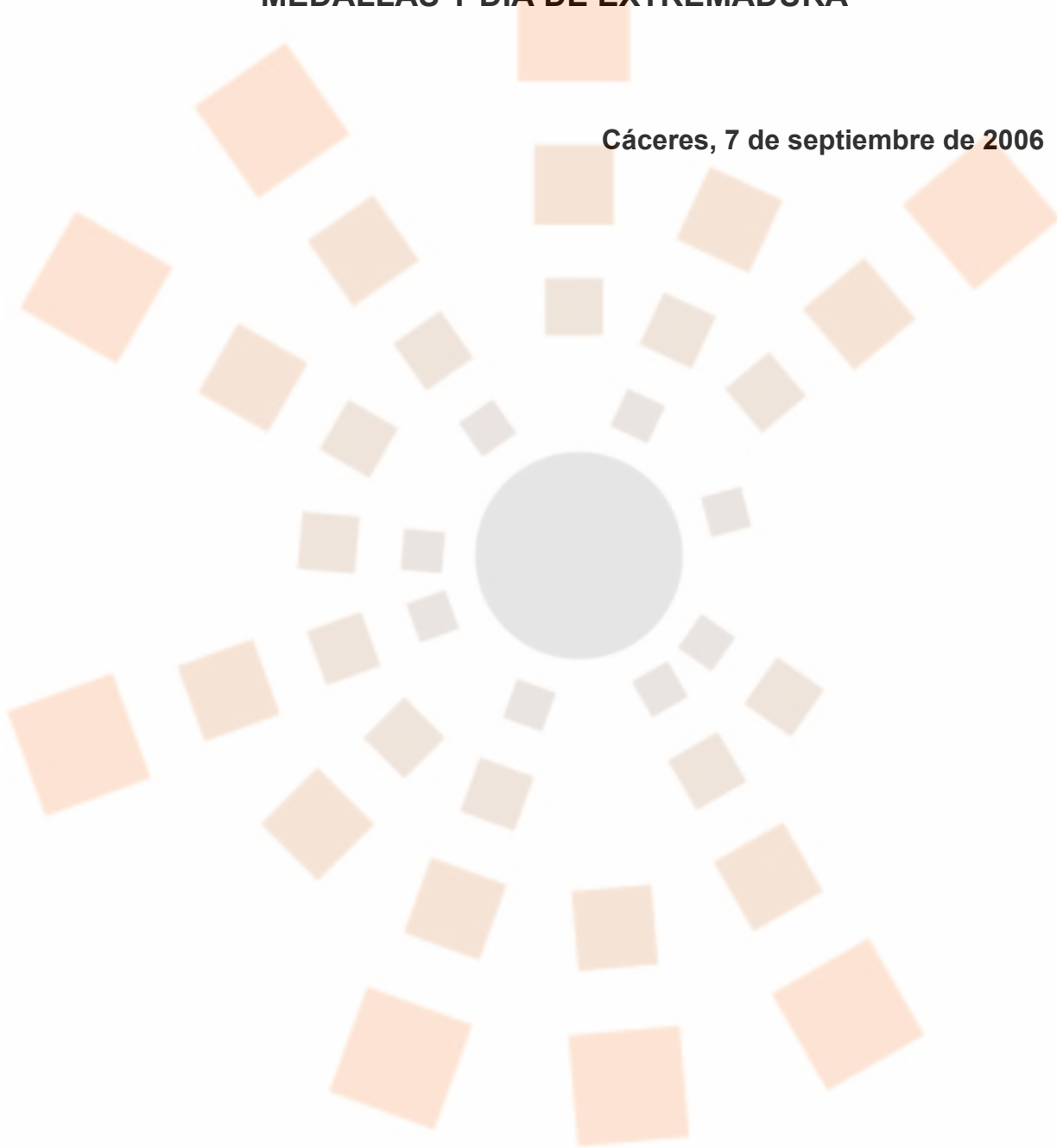


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR.  
PRESIDENTE CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LAS  
MEDALLAS Y DÍA DE EXTREMADURA**

Cáceres, 7 de septiembre de 2006



## **DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LAS MEDALLAS Y DÍA DE EXTREMADURA**

**Cáceres, 7 de septiembre de 2006**

Sr. Alcalde de Cáceres, Excmos. e Ilmos. Sres., Sras., y Sres., paisanos y amigos.

No sé si llevarán razón aquellos que afirman que el ciclo político de algunos de nosotros se está agotando. ¿Y eso qué importa? El mundo ni se va a enterar de eso, España tampoco, y algo Extremadura. Lo que interesa saber es si después de la muerte de doña Concha, el restaurante La Troya va a seguir sorprendiendo a los ya sorprendidos turistas que visitan las maravillas trujillanas y que, cuando hacen un alto para reponer fuerzas, se encuentran con un restaurante que, durante casi cien años, ha creído en lo que hacía y hacía lo que creía que debía de hacer.

Lo que sí le va a interesar al mundo, a España y a Extremadura es saber si José Manuel Calderón seguirá siendo la base del equipo español de baloncesto, que tiene en el extremeño su sustento moral y deportivo, y que ha conseguido que muchos extremeños y españoles hayamos puesto el despertador a las seis de la madrugada para sentir el placer de saber que un extremeño marcaba el compás de todo el equipo campeón.

Lo que interesa que se sepa es que otro joven, llamado Miguel Sansón, decidió aprovechar la vieja herrería de su padre para convertir el hierro en arte, no conformándose con lo que siempre se hizo en una forja, sino haciendo algo distinto y original. Y lo que importa es saber que un grupo ilusionado de profesores y alumnos del Instituto Santa Eulalia de Mérida, dedican horas de su tiempo libre en organizar un festival de teatro grecolatino que nos proyecta como región de cultura para los jóvenes extremeños y españoles que todos los años pisan el Teatro Romano de Mérida.

Déjenme que me detenga brevemente con la figura de José Miguel Santiago Castelo. Nunca he sabido ni me he preocupado por saber su pensamiento político. Sé que ha trabajado durante muchísimos años en ABC, un medio de comunicación de carácter conservador. ¿Qué nos une? El compromiso con Extremadura y el reconocimiento a su actividad literaria y, especialmente, a su poesía. Un buen poeta es un buen poeta, independientemente de su pensamiento, su creencia o su lugar de residencia.

Era eso por lo que, entre otras cosas, queríamos la democracia, para que personas de pensamiento distinto puedan convivir, respetarse y admirarse si fuera necesario. El cainismo, la división entre españoles, los buenos y los malos, el pensamiento único, el insulto, la descalificación, la falta de respeto, el arbitrio, eran propios de la dictadura. Si la democracia se apodera de esa forma de convivencia, de democracia sólo va a tener el nombre.

Y la mejor forma de convivir es acometer proyectos que nos unan, como hemos hecho en otras ocasiones, cuando daba verdadero placer sentirse extremeño, español y demócrata.

Es posible que no nos acordemos; incluso puede ser que no supiéramos cuando lo hacíamos que estábamos haciendo historia y que estábamos haciendo algo verdaderamente importante, aunque en el momento de hacerlo no fuéramos conscientes de nuestra fuerza y de la unidad de nuestra lucha.

Ha habido algunos procesos, asuntos y momentos, que yo calificaría de felices, en los que los extremeños hemos encontrado un designio compartido, una tarea asumida, en conjunto, una meta común. No han sido tantos, pero precisamente eso los hace más memorables y más simbólicos.

La pelea por una universidad extremeña es un hito en nuestra toma de conciencia como pueblo, allá por los primeros setenta.

La consecución de la autonomía política concitó de nuevo las energías de una sociedad más consciente de sí y más articulada políticamente. No queríamos ser menos que los demás y queríamos ser mucho más de lo que habíamos sido hasta ese momento. Fueron años intensos y hermosos de unidad en lo esencial.

El rechazo de una segunda central nuclear, si bien no llegó a ser unánime en el ámbito político, sí que se perfila en la distancia como uno de esos momentos galvanizadores de una gran mayoría social. Era un poco la prueba del algodón de que esto de la autonomía iba en serio y que ya no serían tan fáciles los atropellos del pasado y el silencio de Extremadura. Y comprobar que era posible ganar ese pulso acercó mucho a los extremeños a sus instituciones autonómicas.

La reforma agraria, sobre todo en su fase judicial más dura, provocó muchas disensiones sociales y políticas. Pero en su origen, la idea de que el campo extremeño no podía seguir improductivo, de que había que poner fin a la situación social de sus trabajadores, de que había terminado la eterna vocación recreativa de nuestra dehesa, de que había que acabar con Los Santos Inocentes, sí creo que fue uno de esos momentos en que los extremeños nos encontramos con un reto conjunto.

La creación de un tejido empresarial propio ha sido, en mi opinión, otro de esos momentos en los que las energías de la sociedad extremeña se han puesto a tirar en la misma dirección.

Esos desafíos han sido momentos, procesos o asuntos en los que los extremeños hemos logrado aunar energías de un modo ejemplar, animados por un espíritu unitario y mostrando la decisión y la constancia necesarias.

La vida de los pueblos está jalonada de retos que tienen la virtud de unir cuando todos se sienten concernidos en su consecución. Y ahora, de nuevo, nos hemos empeñado en un desafío que puede unirnos y debemos ganar.

Hemos decidido dedicar este día de Extremadura de 2006 a la candidatura de Cáceres Capital Cultural. Se trata de impulsar entre todos los extremeños un título que Cáceres merece y Extremadura también. Si Cáceres se siente acreedora a ese título es porque se siente con fuerzas suficientes para ganar a cualquier otra ciudad que aspire a lo mismo. Si sólo se tratara de riquezas arquitectónicas, está claro que tenemos las mismas o más posibilidades que cualquiera. Pero si sólo se tratara de hacer una exhibición de nuestro patrimonio, el mérito de la consecución sería atribuible en exclusiva a nuestros antepasados que, poco a poco, fueron construyendo la ciudad monumental que hoy nos llena de orgullo y de razón para aspirar a ese reconocimiento.

La pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿Qué podemos hacer los extremeños de hoy para sumar nuestros esfuerzos a los de nuestros antepasados, para que el título no sea solo consecuencia de un patrimonio artístico y monumental, sino también el resultado de un patrimonio ético y moral?

Si aspiramos a ser capital de la cultura en 2016, tenemos la obligación de hacer de la cultura algo más que un patrimonio heredado. Deberíamos ser ejemplo de lo conservado y de lo creado. Está claro que no podemos crear ni la plaza Mayor, ni el arco de la Estrella, ni la Torre de Bujaco, ni nada que se parezca a la inmensidad de la ciudad monumental.

Pero, puesto que la cultura forma todo lo que implica transformación y seguir un modelo de vida, los extremeños contemporáneos de hoy deberíamos demostrar a Europa que apostamos por el desarrollo de unos valores que nos conviertan en los campeones de criterios de juicio moral, de actos humanitarios, de organización social y convivencia política y ciudadana verdaderamente democráticas.

Es cierto que para competir se necesita un buen patrimonio arquitectónico, que sirva de recipiente a la cultura europea durante un año. Pero, a pesar de su importancia, no debemos conformarnos tan sólo con eso. Nos gustaría que cuando se nos juzgue por nuestra candidatura, pudiéramos demostrar que somos un pueblo culto, es decir, un pueblo con conciencia plena de ciudadanía, que entiende y pone en práctica los valores fundamentales de la vida en común, la justicia sobre todas las cosas, la igualdad real, la solidaridad, la tolerancia, la libertad, el placer por el debate libre de las ideas, la democratización de todo escenario de convivencia, la humanización de todo tipo de poder.

Nos gustaría que no hubiera nada que esconder cuando se nos examine, ni nada de que avergonzarnos, ni nada que no podamos explicar y justificar.

Y así, por ejemplo, no podemos tener barrios marginales donde sea imposible la convivencia, donde se incumpla la ley, donde la droga circule libremente, mientras gastemos dinero en adecuar y equipar a nuestras ciudades para que podamos pasar el examen europeo con sobresaliente. El primer desafío sería comprometernos todos a erradicar esa forma de vida y de comportamiento en cualquier barrio de Cáceres y de cualquier pueblo o ciudad de nuestra región. Es más culto enseñar todos los barrios habitables que veinte palacios de congresos.

El segundo reto debería consistir en el intento de ganar la candidatura por exhibir una cultura solidaria, hospitalaria y comprensiva con quienes tienen un color de piel distinto al nuestro, de quienes tienen creencias distintas, y que han venido a nuestro país buscando la libertad y la dignidad.

Poner a la región en perfecto estado de revista de cara a uno de estos exámenes duros puede ser un acicate para todos, para los ciudadanos, para las administraciones, para las empresas, para las asociaciones, etc. La lucha por la capitalidad es una excusa perfecta para ponernos exigentes con nosotros mismos. Y si todos percibimos que todos estamos en la misma pelea, si conseguimos recrear uno de esos momentos citados al principio, entonces sí que esta competición nos estará haciendo mejores ciudadanos del mundo y mejores extremeños. Lo que pido en definitiva a los extremeños es que a partir de mañana y hasta el 2012 en que se decida la capitalidad de 2016, además de ser extremeños, seamos también cacereños.

Termino, se suele decir en estas circunstancias que, con independencia de lo que suceda en la elección, el mero hecho de proponerse estas metas ambiciosas ya supone un beneficio para la ciudad, que hay cosas que se dejan hechas, equipamientos, comunicaciones, programas, proyectos... Excusas de perdedores; si nos ponemos es para ganar, para llevarnos el santo y la limosna, para traernos la distinción y darnos el gusto de hacer de 2016 el año en el que, de la mano de Cáceres, Extremadura dejó de ser una desconocida en todos los rincones de Europa. No contemplo la hipótesis de un fracaso, eso sería empezar a arriar nuestras banderas. Y valga como acicate que siempre que los extremeños nos hemos propuesto algo grande, en común, lo hemos conseguido de una u otra forma. Y no vamos a cambiar la historia precisamente en los pocos casos en que ésta nos da la razón, ¿no les parece?

Muchas gracias.